

Anotaciones para una reflexión sobre la historia de la prensa y de la comunicación en España

GLORIA M. GARCÍA GONZÁLEZ

LA PRENSA, FUENTE Y OBJETO DE LA HISTORIA

El largo recorrido efectuado por la historiografía desde sus inicios aparece jalonado por sucesivas modificaciones vinculadas a los fines de la propia indagación en el pasado y a los diferentes recursos interpretativos. Al compás de aquéllas, ya el cronista, ya el historiador, se han ido orientando hacia nuevas fuentes de conocimiento y hacia originales objetos de estudio.

La prensa, en su prolongada relación con el quehacer historiográfico, ha acabado por constituirse en una de las realidades más versátiles a las que acudir si de la aproximación a la historia se trata, dado que, si bien viene conociendo una estimación indiscutible como fuente documental, en especial para la época contemporánea, su reconocimiento como objeto de investigación indicó hace ya algunas décadas una de las vías de desarrollo historiográfico con más potencialidad innovadora.

La normalización de su uso como fuente documental no ha sido, sin embargo, ajena al natural debate que entre los investigadores suscitan, por un lado, la hipotética conveniencia o inconveniencia de atender a un nuevo tipo de textos a los que catalogar de "documentos" y las dificultades para acertar con una correcta utilización de los mismos, por otro. En efecto, la timidez con que en nuestro país en muchos trabajos de hace poco más de un par de décadas se recurría a las referencias hemerográficas evidenciaba el reparo que aún existía a considerar al periódico como "texto de autoridad"¹, actitud que, por otro lado, venía del todo justificada por la precariedad del conocimiento que de tales fuentes periódicas existía y por el convencimiento de que su naturaleza esencialmente ideologizada podía inducir a error si su información no era convenientemente contrastada con la de otras publicaciones o fuentes de distinta índole². No obstante, y desde mediada la

¹ Sobre estas cuestiones puede verse Celso ALMUIÑA FERNÁNDEZ: "La prensa escrita, como documento histórico", VV.AA.: *Haciendo Historia. Homenaje al profesor Carlos Seco*, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid/Facultat de Geografia i Història, Universitat de Barcelona, Madrid, 1989, pp. 617-618.

² Manuel TUÑÓN DE LARA: "Presentación", Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *La prensa de los siglos XIX y XX. I Encuentro de Historia de la Prensa*, Universidad del País Vasco, Leioa, 1986, p. 14.

década de los setenta, la revalorización de la prensa como fuente comenzó a hacerse realidad de la mano de aquellos jóvenes historiadores que, precisamente por encontrar en ella un lugar privilegiado de expresión ideológica y política, se sirvieron de ella “para ‘revelar’ corrientes enteras, latentes o casi, como el cabetismo, el fourierismo o el primer federalismo español”³.

De igual manera, las preocupaciones metodológicas en torno a cómo enfrentarse con rigor a la lectura de esos nuevos “documentos” hemerográficos fueron dando pie a unas primeras y originales propuestas de análisis, como las que se hicieron públicas en el Seminario celebrado en Pau sobre “Metodología de Historia de la Prensa”⁴. De especial interés para el tratamiento de la prensa como fuente auxiliar resulta la aportación de Bernard Barrère, centrada en el desvelamiento de la pluralidad de sentidos que toda publicación periódica evidencia en sus páginas. Cierto es que desde el ámbito académico se venía insistiendo en la atención que debía el historiador a la “línea” ideológica o editorial del diario, toda vez que éste, habiendo sido ya admitido en el elenco de fuentes históricas, necesitaba de la correspondiente crítica o filtro para que su incorporación al relato histórico resultara acertada. En lo que no se había reparado es en la pesadísima carga ideológica que el periódico soportaba en el resto de sus apartados, y de ahí la llamada de atención a lo que Barrère –acudiendo a la terminología propia de la Teoría Matemática de la Información– denomina “invariante” y al que no duda en designar como “la personalidad profunda del diario, el conjunto de opciones entre ideológicas e informativas que complementan la figura del diario (y que) está hecho de la materia común a todos los títulos, pero repartida según la personalidad de cada uno, presentación tipográfica, reparto de fotogramas, dibujos y material gráfico, distribución interna de crónicas, (...) proporción de anuncios, avisos, gacetillas, esquelas, etc.”⁵.

Muchas han sido las aportaciones metodológicas que desde entonces no han hecho sino corroborar la consideración de la prensa como fuente documental de primer orden, reconociendo con ello la notable paradoja que supone utilizar como “documento” el diario, “cuyo mayor rasgo es la caducidad (y que) adquiere, merced a la conservación, una fisonomía totalmente diferente, (...) se desprende de su caducidad fundamental para acceder (...) a la perennidad relativa del documento archivado”⁶.

³ Los trabajos que en esta línea realizaron A. Elorza, Clara E. Lida o Iris Zavala aparecen destacados en Jean F. BOTREL, J. Michel DESVOIS y Paul AUBERT: “Prensa e Historia: para una historia de la prensa. La prensa, objeto polimorfo de la historia”, Santiago CASTILLO, Carlos FORCADELL, M.^a Carmen GARCÍA-NIETO y Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (coords.): *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, 1981, p. 503.

⁴ Las comunicaciones allí presentadas tomaron la forma de libro en 1982 bajo el título *Metodología de la historia de la prensa española* y publicado en Madrid por Siglo XXI.

⁵ Bernard BARRÈRE: “¿Polisemia de la prensa? Variante e invariante”, Bernard BARRÈRE y otros: *Metodología de la historia de la prensa española*, Siglo XXI, Madrid, 1982, p. 249.

⁶ *Ibidem*, p. 245.

Más dificultades que la elevación de la prensa a fuente documental ha representado su reconocimiento como objeto de investigación, dado que suponía abrir brecha en una parcela que hace tan sólo diez años parecía aún “estar necesitando su status científico, es decir, la definición y perfil como objeto teórico de conocimiento, así como de una metodología específica...”⁷.

Los primeros estudios que hicieron del periódico su objeto arrancan de finales de la pasada centuria. Encuadrados en el marco de los presupuestos positivistas, pretendidamente cientifistas, observaban la prensa como un instrumento político más, cuyo desarrollo venía auspiciado en la era contemporánea por el asentamiento del Estado liberal. La referencia a las principales cabeceras no era, pues, sino una mención accesoria y complementaria al relato efectuado desde la historia política. La prensa, como fenómeno complejo y con entidad propia, no se contemplaba, tan sólo los periódicos, individualizados, como fiel reflejo de los avatares políticos eran asunto de interés.

El positivismo se afincó con éxito en esta nueva parcela temática de la historiografía y aún hoy siguen realizándose numerosos trabajos de carácter descriptivo guiados por propósitos, sin embargo, plurales. De un lado, nos hallamos con la aún reciente publicación de obras de carácter general que, con pretensiones didácticas, han acabado por convertirse en libros de muy extendida consulta en el ámbito académico; de otro, siguen editándose estudios de referencia local, comarcal o regional, en los que se da exhaustiva noticia de las cabeceras reseñables del lugar, sus directores, principales redactores, promotores de edición etc., todo ello encuadrado en su correspondiente contexto histórico y dirigido a un público amplio, ávido por conocer los pormenores de la actividad política y cultural provinciana. Su utilidad para el investigador no es, sin embargo, despreciable, puesto que dan cuenta, con un formato casi catalogal, de todos aquellos datos imprescindibles para acometer otros estudios. Su mayor inconveniente, no obstante, es haber incurrido en general en “todos los vicios del descriptivismo, del cataloguismo, de la mera compilación y la subsidiariedad interpretativa”⁸, de modo que, si en origen tuvieron el mérito de descubrir para la Historia un nuevo objeto de investigación, a resultas de su trayectoria tal objeto parece haber quedado apartado de toda renovación interpretativa.

LA COMUNICACIÓN, NUEVO OBJETO HISTORIASBLE

Coincidiendo en el tiempo, iniciados los años setenta, con la puesta en marcha de las primeras Facultades de Ciencias de la Información, emerge entre los profesio-

⁷ Manuel TUÑÓN DE LARA: *op. cit.*, p. 14.

⁸ Joan Manuel TRESSERRES I GAJU: “Història de la premsa, història del periodisme, història de la comunicació”, *Gazeta. Actes de les primeres jornades d’història de la premsa*, Societat Catalana de Comunicació, Barcelona, 1994, p. 73.

nales de la Historia recientemente adscritos a este nuevo campo universitario la urgencia de acometer la conceptualización y perfil de una nueva área de conocimiento que empezaba a conocerse, bien como Historia del Periodismo, bien como Historia de la Comunicación. Su naciente peculiaridad estribaba en el contexto científico en el que aparecía, desligada, al menos físicamente, de la Historia y, ligada, por el contrario a una multiplicidad de disciplinas, en su mayoría, también de nuevo cuño, dirigidas a dotar de especificidad académica a la nueva titulación. No había de transcurrir demasiado tiempo antes de que se evidenciara que las dos iniciales formas de denominar la nueva materia apuntaban hacia vías bien diferenciadas de desarrollo.

La llamada Historia del Periodismo iba a transitar por la senda ya marcada por la anterior Historia de la Prensa, eso sí, ampliando considerablemente su campo visual al incorporar referencias a las formas de producción de mensajes, a los géneros periodísticos, al público etc. y fijando su objeto en el “periodismo” como “actividad especializada en la transmisión de información y opiniones a un colectivo determinado”⁹.

La Historia de la Comunicación, mucho más vinculada a sus compañeras de viaje, el resto de las áreas específicas de la nueva titulación, renunciaba a ser un mero auxiliar o complemento explicativo de la Historia¹⁰, para convertir a su objeto –la comunicación– en “factor explicativo dominante”¹¹. Se pretendía con ello avanzar hacia una “fase científica” en la que fuera posible tender puentes de carácter teórico y también metodológico entre la teoría de la comunicación y los planteamientos holísticos, que desde la historiografía habían apuntado hacia la vieja meta de la “Historia Total”¹². Se trataba, pues, de configurar una disciplina científica que investigara la evolución del fenómeno de la comunicación “en tanto dicha evolución configura e influye en la estructura de las sociedades”¹³. Así, esquemas explicativos procedentes de la Teoría de los Sistemas, del Estructuralismo, también de la Escuela de Annales y, desde luego, de la “New Left”, comenzaron a conjugarse con métodos de análisis tomados de la semiótica y del cuantitativismo cibernético más audaz¹⁴.

⁹ *Ibidem*, p. 75.

¹⁰ Celso Almuiña subrayando esta línea auxiliar recomendaba acometer “la historia de cada periódico (...) para que el historiador general, al que sólo le interesa el periódico como fuente histórica, pueda fácilmente acudir a la bibliografía pertinente, sin necesidad de emprender por su cuenta una investigación previa, de dudosos resultados, y en el mejor de los casos, que le desvíe claramente de su objetivo prefijado”. Vid. Celso ALMUIÑA FERNÁNDEZ: *op. cit.*, p. 624.

¹¹ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: “Historia de la Comunicación”, Ángel BENITO (dir.): *Diccionario de Teoría y Técnicas de la Comunicación*, Eds. Paulinas, Madrid, 1991, p. 710.

¹² Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: “Historia de la Comunicación, savia joven para una historiografía cansada”, *Hispania*, n.º 162, 1986, p. 216.

¹³ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: *op. cit.*, p. 698.

¹⁴ De entre las aportaciones más originales en esta parcela se cuentan las de Antonio RODRÍGUEZ DE LAS HERAS en “La alteración de la información en la prensa. Un artificio metodológico”, Bernard BARRÈRE: *op. cit.*, pp. 311-317, o “Innovación tecnológica, evolución de la prensa, incidencia social (algunos indicadores para el análisis de la primera página)”, Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *op. cit.*, pp. 383-401.

La comunicación pasaba a ser entendida como pieza clave de articulación social, y la prensa, su forma excepcional al iniciarse la era contemporánea. Reconociéndole su función formadora e informadora de opinión pública, su cometido esencial como transmisora de ideología y su dialéctica relación con el desenvolvimiento del proceso capitalista y con la evolución de las formaciones sociales y sus expresiones políticas, será merecedora de su definición como “estructura estructurante”¹⁵. La comunicación, se propone, ha de ser analizada como un fenómeno complejo, organizado y “susceptible de provocar una reinterpretación de la sociedad y la historia contemporánea, con valor similar, al menos al que han tenido factores hermanos como el sociológico o el económico”¹⁶. Tal afirmación, de no ser convenientemente entendida podría haber conducido a excesos deterministas tan simplificadores como el del materialismo más vulgar y acerca del que incluso se advierte desde posiciones marxistas: “Lo que resulta inaceptable es que ese movimiento general que se esfuerza por recuperar para la ciencia histórica el campo de las ideas, los sentimientos y la cultura (...) conduzca a algunos (...) a hacer de las representaciones mentales el motor fundamental de la historia, lo que equivale a repetir los errores mecanicistas del pasado”¹⁷.

Para evitar tal riesgo los historiadores de la comunicación se han afanado por aclarar sus posiciones, especialmente metodológicas, a fin de situar convenientemente todas las variables a contemplar en cualquier estudio histórico en un complejo juego de interacciones y recíprocas dependencias.

Parece claro que el punto de partida antes de acometer cualquier tentativa investigadora queda definido en la renuncia a convertir el estudio en una mera historia social de la prensa, o de la comunicación, en su caso, y que el propósito, más bien, pasa por la consideración del objeto “como un microcosmos de la historia total de una formación socio-histórica”¹⁸. La dificultad del empeño, por tanto, “está en el método”¹⁹ y será éste el que, en definitiva, acabe marcando las distancias entre los propios historiadores de la comunicación y los diferentes grados de éxito en el alcance del preciado fin de la “Historia Total”.

Recién iniciados los ochenta, Jesús Timoteo Álvarez hacía explícita la aplicación de una propuesta de método que, con pretensiones de globalidad, parecía ajustarse al fin previsto²⁰. Configurando un modelo sistémico estructurado a base de sucesivos niveles de análisis, lograba integrar elementos tan dispares como las relaciones del sistema político con la realidad informativa, la producción jurídica relativa a prensa, el mundo empresarial de la información, los avances tecnológi-

¹⁵ Jean F. BOTREL, J. Michel DESVOIS y Paul AUBERT: *op. cit.*, p. 502.

¹⁶ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: “Algunas puntualizaciones e hipótesis en torno a la historiografía española especializada en prensa”, VV. AA.: *La prensa española durante el siglo XIX. I Jornadas de especialistas en prensa regional y local*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1987, p. 132.

¹⁷ Josep FONTANA: *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992, p. 105.

¹⁸ Manuel TUÑÓN DE LARA: *op. cit.*, p. 14.

¹⁹ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: “Conceptos básicos para una codificación de la historia del periodismo o comunicación”, Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *op. cit.*, p. 27.

²⁰ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: *Restauración y prensa de masas*, EUNSA, Pamplona, 1981, pp. 25-52.

cos, las fuerzas sociales presentes en los circuitos comunicacionales, o el aspecto formal del mensaje periodístico. No se pretendía, desde luego, insinuar la supuesta novedad que suponía atender a estos aspectos, sino la finalidad de tal orientación: "Tradicionalmente, y hasta ahora mismo, las referencias que se hacían a estos aspectos eran siempre indirectas, en cuanto servían a la crítica de fuentes, en cuanto servían, en definitiva, al análisis de contenidos, finalidad primaria, primitiva, podríamos decir, de los estudios sobre prensa"²¹.

Con ello avanzaba propuestas de explicación que cubrían el triple frente de las relaciones causa-efecto, de la descripción diacrónico-evolutiva de los procesos y de la proyección prospectiva de los fenómenos socio-comunicacionales. La herencia de la historiografía quedaba materializada en la impronta de la Escuela de Annales, y muy en especial de F. Braudel. En efecto, la original y muy conocida propuesta de este autor de articular el estudio de la Historia en torno a unidades de tiempo que contravenían los viejos criterios cronológicos basados en el acontecimiento parecía adaptarse con perfección a la necesidad planteada desde la Historia de la Comunicación de establecer nuevos límites temporales al compás del establecimiento de sucesivos modelos comunicativos.

Así, la "larga duración" se fijaba de acuerdo con pautas de carácter comunicacional, a la vez que económico, dado que su proyección en el tiempo quedaba marcada por los célebres ciclos "Kondratieff", como se sabe, de en torno a cincuenta años. De este modo, lo comunicativo era equiparado, en lo que a definición de una época se refiere, a lo económico, por cuanto en torno a ambas realidades se hacía girar la propia estructuración social y, por ende, también la configuración de la actividad política.

Por esos mismos años, y alrededor de lo que acabaría por convertirse en un compacto equipo de investigadores adscritos a la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona, se gesta una línea de actuación teórico-metodológica que, arraigada a un sustrato materialista²², parecía encaminada a vincular los estudios históricos sobre prensa "de un modo más eficaz y orgánico al contexto global de la comunicación social y de la producción cultural"²³. Así, comienza por proponerse la definición del discurso periodístico a modo de "sistema de signos orgánicamente vinculado en su totalidad a un sistema de sistemas que en su conjunto constituyen la cultura"²⁴.

²¹ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: "Un nuevo modelo de análisis histórico", *Revista de la Universidad Complutense*, vol. XXVII, n.º 113, julio-sept., 1978, p. 411.

²² Un planteamiento general de este esquema explicativo se encuentra en Joan Manuel TRESSERRAS y Enric MARÍN OTTO: *El regne del subjecte. Per una història materialista de la comunicació*, El Llamp, Barcelona, 1987.

²³ Francesc ESPINET i BURUNAI, Josep Lluís GÓMEZ-MÓMPART, Enric MARÍN i OTTO, Joan Manuel TRESSERRAS i GAJU: "Evolució dels estudis d'història de la premsa a Catalunya: 1939-1993", *Anàlisi. Quaderns de Comunicació i Cultura*, n.º 15, desembre, 1993, p. 132. (Una primera versió de este artículo fue publicada en 1990, en el n.º 176 de la revista *Hispania*, pp. 1505-1521).

²⁴ Enric MARÍN OTTO: "Historia de la prensa e historia de la comunicación", Bernard BARRÈRE y otros: *op. cit.*, p. 324.

Se trataba, en fin, de articular un marco teórico de reflexión inserto en el marco de los parámetros materialistas donde la comunicación fuera la clave de bóveda bajo la que situar las otras piezas explicativas de la articulación social y el ejercicio del poder. Ya no se hablará de “modelos”, sino de “ecosistemas comunicativos”, dejando patente el origen teórico de tal propuesta²⁵.

Lejos de recluir al sistema cultural y en su seno, como se acaba de ver, al sistema comunicacional, en la esfera de lo inmaterial, parten de la pertinencia de reconocer la evidente materialidad de que aparece dotada la cultura. Esta, al ser entendida esencialmente como discurso, aboca en su estudio al desvelamiento de la estructura productiva de significados en un contexto social dado y, en definitiva, de la misma estructura de poder. La cultura es así “producto”, fruto de un trabajo, el comunicativo, encargado de la producción y reproducción de significados y que “como cualquier otro trabajo está social e históricamente determinado. La historia de la comunicación se ocupa de su estudio, de la producción de la significación, de los sistemas sociales de significación, de las formas de construcción de la realidad...”²⁶.

Como parece evidenciarse de este planteamiento materialista, los ejes articuladores de la aproximación histórica al fenómeno comunicacional son los mismos que en el modelo anteriormente descrito y más influido por Annales: en ambos lo comunicativo y lo productivo constituyen el núcleo de una propuesta de revisión “totalizadora” del pasado, si bien las divergencias teóricas que los distancian son a todas luces notables, no sólo a la hora de resolver la presentación sincrónica y, por tanto, estática de un modelo dado y ya agotado en el tiempo, sino también, y muy especialmente, en el momento de efectuar propuestas de resolución del problema nuclear de todo estudio histórico riguroso: la explicación del cambio, de la diacronía, en suma. Descripción y relato, reconocidos elementos esenciales de cualquier investigación que mire hacia el pasado, quedan organizados en torno a dos grandes propuestas que difieren en los focos de atención previamente seleccionados.

Para el primero de los modelos presentados la definición de cualquier modelo comunicacional viene condicionada por la explicación del inestable equilibrio, presente en toda realidad histórica, entre los diferentes subsistemas que la componen: político, social, económico, cultural-comunicacional etc. Si el político, a través de diferentes mecanismos –la legislación sería uno de ellos– contribuye a definir la realidad comunicativa, ésta a su vez interviene en la organización misma de la sociedad, pues “al igual que las relaciones de producción forman y definen un sistema socioeconómico, al igual que las relaciones entre los grupos sociales forman y definen un sistema sociopolítico, así las relaciones entre grupos o entes emisores y receptores forman y definen un sistema socio-comunicativo o socio-

²⁵ Tal expresión es deudora de los planteamientos que desde la Teoría de la Comunicación, eso sí, reconocidamente ahistoricistas, hiciera Abraham Moles.

²⁶ Joan Manuel TRESSERRES I GAJU: *op. cit.*, p. 78.

informativo”²⁷. La incorporación de la dinamicidad en el relato vendrá facilitada por la alusión al componente económico que, operando sobre la coordenada temporal en los tres célebres niveles (larga duración, coyuntura y acontecimiento), facilita la valoración objetiva de los cambios introducidos en la evolución general del sistema²⁸.

Para el segundo de los modelos presentados la relación entablada entre lo comunicativo y lo social se cifra en la capacidad no sólo articuladora del uno sobre el otro sino, muy en especial, constitutiva del propio ser social²⁹. De este modo, si en la propuesta anterior primaba sobre cualquier otra consideración la ordenación lógica de los subsistemas en el marco de un sistema global, en ésta que ahora nos ocupa es el actor social el núcleo en torno al que gira la explicación. En efecto, la reivindicación del “sujeto” en la comprensión de la realidad comunicacional parecía imprescindible para dotar a la investigación de un suficiente cariz dinamizador. No ha de deducirse de ello, sin embargo, ni un sólo atisbo de voluntarismo histórico en el relato, más bien al contrario, el sujeto, definido como “social”, se constituye como reflejo de unas relaciones de producción comunicativa en continuo proceso de cambio en las que participa, a un tiempo, como productor y consumidor. Encaminado el estudio, como está, hacia la revelación última de las estructuras de poder y, por tanto, de poder productor de significación, adopta en su transcurso una imprescindible apariencia antropológica, en la que lo esencial es la primacía del cambio, o dicho con otras palabras, el proceso en el que se gesta un determinado sistema productivo de significación y unas peculiares formas de ordenación social en torno a él.

La comunicación, como se ha demostrado, deja de ser en uno y otro modelo simple recubrimiento superestructural de la realidad material y social, para alcanzar una consideración teórica suficiente como elemento configurador de la realidad histórica. Por ello, el recurso a una multiplicidad de fuentes documentales se hace imprescindible, quedando la dedicación al propio mensaje periodístico limitada a obtener de él datos parciales y siempre necesitados del conveniente cotejo con los recabados por otros medios. De hecho, y con relación al segundo de los modelos expuestos, reconociendo que uno de sus propósitos es la detección del “sujeto”, se asegura que resultaría excesivamente simplificador proceder a una caracterización del mismo partiendo tan sólo de los datos que de él puedan deducirse del discurso periodístico, tal como en ocasiones se aconseja desde la semiótica³⁰.

Si la aspiración a la “Historia Total” parece ser una de las metas comunes de todo planteamiento de historia de la comunicación, también lo es su defensa del tan mencionado principio de la interdisciplinariedad. Principio, que en este caso, obedece a la constatación de que “todas las grandes innovaciones políticas, intelec-

²⁷ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: *Restauración...*, *op. cit.*, pp. 26-27.

²⁸ Jesús Timoteo ÁLVAREZ: “Historia de la Comunicación”, Ángel BENITO (dir.): *op. cit.*, p. 711.

²⁹ Joan Manuel TRESSERRAS, Enric MARÍN OTTO: *El regne...*, *op. cit.*, p. 69.

³⁰ *Ibidem*, p. 45.

tuales, económicas y técnicas han ejercido su acción sobre la prensa...³¹, pero también a la urgencia de hallar, mediante el contacto con otras disciplinas afines, una especificidad científica propia de que dotar a la nueva historia de la comunicación. Todo ello ha conducido a esta disciplina a estrechar lazos con las restantes ciencias sociales –Historia, Sociología, Economía, Derecho– y, muy especialmente, con aquellas otras materias, también ligadas como ella, al estudio de la comunicación –Teoría de la Comunicación, Teoría de la Opinión Pública etc.–. Una ligazón ésta que, sin encontrarse aún culminada, pasa por la construcción de estructuras conceptuales y de modelos teóricos comunes, así como por la adaptación de métodos de investigación a los nuevos objetivos planteados y a las fuentes requeridas en el estudio. Al tiempo, las aportaciones efectuadas desde la historia de la comunicación habrán de servir para el enriquecimiento de todas aquellas parcelas del conocimiento en las que el fenómeno social, y por tanto comunicativo, sea central.

LA PRENSA, ¿DE NUEVO OBJETO DE ATENCIÓN HISTÓRICA?

Hasta aquí, este breve recorrido por la configuración de sucesivas disciplinas que han hecho de la historia de la prensa, del periodismo o de la comunicación su razón de ser, pretendía dejar constancia del modo en que las sucesivas renovaciones teóricas y metodológicas han acarreado la sustitución consecutiva de los objetos de investigación histórica. La que se presenta como la historia más innovadora, también la más ambiciosa, en lo que a planteamientos teóricos y metodológicos se refiere, es la historia de la comunicación, cuyo objeto, como se ha descrito, ya no es la prensa como fenómeno específico, sino la “comunicación”, concepto de más abstracta y compleja definición y ligado en su estudio a propósitos explicativos de carácter totalizador.

En efecto, la prensa como clave de atención preferencial ha venido siendo relegada de las propuestas de renovación teórica más recientes y, no obstante, no ha dejado de ser centro de atención permanente para los investigadores sociales de diferente procedencia científica. Las aportaciones que le han sido hechas desde campos vecinos, siendo en su mayoría sumamente útiles por facilitar el acercamiento a su esencia (ideológica, social, empresarial etc.), quedan limitadas a cuestiones de metodología y no traspasan la frontera que habría de posibilitar el tratamiento teórico de la prensa “como fenómeno social constitutivo de un hipotético objeto de estudio complejo que puede ser internamente organizado y sistematizado”³².

Como se sabe, la prensa se constituye desde el siglo XIX en medio de comunicación social dominante, incluso hasta nuestros días si atendemos más a los nive-

³¹ Georges WEILL: *El periódico. Origen, evolución y función de la prensa periódica*. Uteha, México, 1979, p. 2.

³² Joan Manuel TRESSERRES I GAJU: *op. cit.*, p. 73.

les de influencia que a los de público, y ello la ha convertido en objeto de atención prioritaria de los que consideraron su larga trayectoria suficiente justificación para hacerla protagonista de sus relatos históricos³³. Sin embargo, con el conocido desarrollo historiográfico parece extendido el convencimiento de que “la descripción histórica de la prensa no es el objetivo, sino el análisis de la función y significado de la prensa en situaciones y contextos socio-históricos concretos”³⁴.

Función y significado podrían ser las palabras claves desde las que plantear una visión esencialmente social y cultural de la prensa que, cierto es, no siendo ignorada por la historia de la comunicación, ha quedado envuelta en unos planteamientos holísticos donde su sentido era puesto al servicio del objetivo último: la averiguación de las relaciones establecidas en cada momento histórico entre los múltiples elementos que componen un sistema comunicativo.

Prueba de que tal enfoque no ha sido desatendido es que sobre él se ha insistido siempre que parecía necesario situar convenientemente el factor de la comunicación dentro de una realidad social dada; así, es posible detectar, en especial, en la obra ligada a estos temas de la “New Left” anglosajona y, desde luego, en la estela dejada por ella en la historiografía española, un inequívoco interés por vincular las relaciones sociales a las relaciones de significación, dado que “los sistemas de comunicación nunca han sido un añadido opcional en la organización social o en la evolución histórica. A medida que estudiamos su verdadera historia, vemos que ocupan un lugar junto a otras formas importantes de organización y producción social, del mismo modo que ocupan un lugar en la historia de la invención material y la ordenación económica”³⁵. También desde la lingüística se ha llamado la atención a una realidad que, como centro de atención pluridisciplinar, no parece cuestionable: “La relación social no se trata de algo ciego y mecánico, sino al contrario, plenamente organizado en una estructura con sentido y significación para sus actores, los cuales (...) no pueden dejar de comunicar, es decir, de interpretarse mutuamente”³⁶.

La aproximación a la prensa, por todo ello, no sólo no puede ser ajena a la sustancia esencialmente sociocultural de ésta, sino que incluso puede hacer de ella un objeto preferencial de atención. La prensa, entendida como medio y producto de comunicación, al tiempo que “lugar nodal y vehículo de expresión ideológica”³⁷, ofrece la posibilidad de realizar a través de ella un análisis social amplio en el que estén presentes los intereses, los valores, las representaciones y las creencias

³³ Elisabeth NOELLE NEUMANN, Winfried SCHULZ y Jürgen WILKE: *Publizistik Massenkommunikation*, Fischer Lexikon, Frankfurt a. Main, 1989, p. 287.

³⁴ Hartwig GEBHARDT: “Das Interesse an der Pressegeschichte. Zur Wirksamkeit selektiver Wahrnehmung in der Medienhistoriographie”, *Presse und Geschichte. II*, Saur Verlag, München, 1987, p. 17.

³⁵ Raymond WILLIAMS: “Introducción”, Raymond WILLIAMS (ed.): *Historia de la comunicación*, 2 vols., Bosch, Barcelona, 1992, (vol. 1), p. 33.

³⁶ Albert BASTARDAS BOADA: “Comunicación humana y paradigmas holísticos”, *Claves de Razón Práctica*, n.º 51, abril, 1995, p. 80.

³⁷ Jean F. BOTREL, J. Michel DESVOIS y Paul AUBERT: *op. cit.*, p. 502.

que reflejan la forma en que se concibe el mundo³⁸ y así poder descubrir las propuestas de lectura de la realidad social que las publicaciones hacen a sus lectores³⁹.

No se propone desde aquí la elaboración de un modelo de análisis estrictamente interno que busque en las referencias externas el imprescindible correlato de lo que se averigua partiendo del propio mensaje periodístico, por el contrario, entendemos, como ya formulara Adorno, que la mediación efectuada por la prensa no es algo entre el objeto y aquéllo a lo que se refiere, sino que está en el objeto, es el propio mensaje. Con ello queda superado todo dualismo dado que, según esta concepción, al estudiar la prensa lo que estudiamos es una peculiar forma de mediación de una época pasada, una especial fórmula con la que fue construida la realidad social a través del mensaje periodístico⁴⁰. La prensa aparece así configurada a modo de espacio simbólico en el que se fraguan identidades de grupo, y se construyen significados, ámbito, en definitiva, donde se explicita una determinada forma de cultura.

A la comunicación social, también en su concreto formato periodístico, se le reconoce, de este modo, su papel definidor del ser –sujeto– social que, a su vez, se manifiesta por su capacidad generadora de sentido, de significado cultural e ideológico del entorno e incluso por definir los límites del mismo, y que queda materializada en las formas y medios de comunicación de que dispone. Tal actividad simbólica, lejos de constituirse en un espacio ideal, desmaterializado, se encuentra perfectamente engarzada en la esfera donde se desarrolla la actividad cotidiana de los sujetos, condicionando su propia intervención sobre el entorno en que viven.

Desde esta perspectiva parece perfectamente posible insertar la historia de la prensa en la historia general de la cultura, máxime cuando dentro de ésta desde hace tan sólo unos pocos años se están produciendo sustanciales cambios de paradigma. De hecho, para la “nueva historia cultural” el campo principal de estudio es el de la representación, es decir, que coloca como temas centrales las cuestiones referentes a las peculiares modalidades de producción de sentido, de modo que la práctica social queda entrelazada con la práctica simbólica propiamente dicha⁴¹. La investigación histórica de los hechos sociales, como se ha llegado a afirmar, ha dejado paso al estudio del espacio simbólico que ocupan⁴², sin obviar, pese a todo, una impronta fuertemente social de la comprensión de la cultura. El desafío lanzado a la historia a fines de la década de los ochenta, comenta Roger Chartier, se

³⁸ *Ibidem*, p. 510.

³⁹ Amparo MORENO SARDA: “‘Realidad histórica’ y ‘Realidad informativa’. La re-producción de la realidad social a través de la prensa”, Manuel TUNÓN DE LARA (dir.): *op. cit.*, pp. 145-163.

⁴⁰ Gabrielle SPIEGEL: “Huellas de significado. La literatura histórica en la era del postmodernismo”, *El País* (Temas de nuestra época), 29 de julio de 1993, p. 5.

⁴¹ Julio ARÓSTEGUI: “Símbolo, palabra y algoritmo. Cultura e Historia en tiempos de crisis”, Pedro CHALMETA y otros: *Cultura y culturas en la Historia*, Universidad de Salamanca, 1994, p. 232.

⁴² Raphael SAMUEL: “La lectura de los signos”, *Historia Contemporánea*, Universidad del País Vasco, n.º 7, 1992, p. 53.

ha cifrado en una crítica profunda a los postulados clásicos de las ciencias sociales, promoviendo, en compensación, el retorno a una filosofía del sujeto que “rechaza la fuerza de las determinaciones colectivas (...) y que intenta rehabilitar la parte explícita y reflexionada de la acción”⁴³. Así, la historia cultural huye de lo social como determinante, pero regresa a ello al fijar su atención sobre las estrategias simbólicas que condicionan posiciones para cada grupo y lo construyen como un “ser-percibido”, constitutivo de su propia identidad⁴⁴. Se parte de textos, de normas culturales y no de colectivos previamente establecidos para llegar a la configuración del espectro social de acuerdo con criterios de apropiación cultural que vayan de lo económico, a lo generacional, sexual, religioso, educativo, profesional etc. como elementos de ordenación sociológica, pues “la noción de apropiación que nos interesa es la de una historia social de los usos y las interpretaciones, de las operaciones del proceso de dotar de sentido al mundo, sin reincidir en la vieja historia intelectual pensando que las ideas y las inteligencias están desencarnadas”⁴⁵. Y es precisamente con relación a la prensa como parece posible abrir líneas de investigación socio-cultural encaminadas a analizar el proceso de formación de los sujetos sociales como una realidad abierta en el tiempo y vinculada tanto a las sucesivas propuestas de definición de la realidad hechas públicas a través del medio impreso, cuanto a las modalidades de integración social que éste hizo posible⁴⁶.

⁴³ Roger CHARTIER: *El mundo como representación*, Gedisa, Barcelona, 1992, p. 48. Un interesante recorrido por las novedades historiográficas vinculadas a la reivindicación del sujeto (entendido en su doble acepción colectiva e individual) se encuentra en Antonio MORALES MOYA: “Algunas consideraciones sobre la situación actual de los estudios históricos”, Antonio MORALES MOYA y otros: *La(s) otra(s) historia(s)*, UNED de Bergara, 1987, pp. 5-92.

⁴⁴ Rober CHARTIER: *op. cit.*, p. 57.

⁴⁵ Julio ARÓSTEGUI: *op. cit.*, p. 232.

⁴⁶ Así, el propósito marcado sería efectuar el tránsito, en palabras de Roger Chartier, “de una historia social de la cultura a una historia cultural de lo social”, lo que aplicado al ámbito de la prensa permitiría no tanto regresar a la vieja historia social de la prensa, sino avanzar en una propuesta de análisis de la realidad social a partir del medio impreso como modalidad cultural de nuestro tiempo. Vid. Roger CHARTIER: “De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social”, *Historia Social*, n.º 17, otoño, 1993, pp. 97-103.